

¡Bravo, Flamboyán!

ANTONIO MACHADO CARRILLO

Santa Cruz está de fiesta pese a que las almas insensibles no se percaten de ello. Fiesta floral y laica, silente. Fiesta proyectada por la madre naturaleza que acude puntualmente y anuncia así, a su modo, la llegada del verano. Es la fiesta del flamboyán.

Dicen que el hombre -nuestra especie- se originó hace millones de años en alguna remota sabana africana y que, desde entonces, llevamos impregnados en nuestros genes, en nuestro instinto, un gusto especial y atávico por los paisajes arbolados abiertos; por lo verde y el agua. Somos hidrófilos y amamos lo vegetal. Pero la cultura le da vueltas a todo, incluidos los instintos. En unos casos los cultiva y sublima; en otros, los ahoga o envilece estúpidamente. Solo así cabe explicarse que el nuevo hombre urbano pueda sentirse cómodo en un paisaje de cemento ajeno a toda gota de clorofila; en el reino de lo gris, desterrado el verdor.

Tanta fanfarria para anunciar conciertos y *happenings* -los espectáculos del hombre para el hombre- y tanto desamor para celebrar las galas de la naturaleza. ¡Abramos los ojos y el alma! y juzguemos si los flamboyanes que ahora florecen no son una exaltación a la belleza y a la vida; un espectáculo de vigor y rebeldía floral tanto más provocativo cuanto se ofrece en un medio encementado. Quiten, si no, la elegancia de nuestras palmeras, la gran masa de oscura sombra de los laureles de Indias, la delicadeza celeste de las jacarandas, los tuliperos del Gabón moteados de rojo, o la llamarada rojiza de nuestros flamboyanes, y pongan cualquier otro árbol de esos insulsos que crecen en la Europa fría y enfriada a falta de color. Tómense un tiempo para mirar y admirar, algo que quizás no hayan olvidado del todo a pesar del ajetreo y la modernidad atolondrada que nos aqueja. Recorran a pie, en coche, en taxi, pero recorran con sus ojos atentos la Rambla de las Tinajas, los vericuetos de Residencial Anaga o las márgenes del barranco de Santos, frente a Casa Nelson. ¡Qué fiesta de color! ¡Cuánta generosidad!

Santa Cruz es un espectáculo florido cuando los flamboyanes desparraman su sexo vegetal. Los ingleses lo llaman "árbol llama", y no les falta tino. *Delonix regia* es su nombre científico; una especie originaria de Madagascar donde ya casi no existe en estado silvestre, fruto de repoblaciones forestales mal concebidas.

Por suerte, Santa Cruz no es la única ciudad que se engalana con estos paraguas arbóreos. Los flamboyanes se cultivan en jardines de todos los trópicos y subtropicos, allí donde no se producen heladas, su mortal enemigo. Es, quizás, el sello más hermoso de "lo tropical" en su versión elegante. El cocotero lo dejamos para los horteras, pues solo pinta bien cuando crece libre en sus dominios y no cuando sucumbe esclavo a clichés turísticos. No, el flamboyán es el verdadero embajador de la luz y color de los trópicos, y Santa Cruz ha sabido acogerlo haciendo de él parte de su propia sustancia.

Imposible que en un día soleado como hoy, alguien pueda permanecer deprimido ante la fiesta de los flamboyanes. Créanme, que sólo basta con levantar la mirada y abrir los ojos para que el fuego de sus flores penetre en el alma más acosada; para que se disipen esos nubarrones grises que a todos nos ensombrecen de tanto en tanto. Créanme, basta con dejar que la belleza haga su trabajo.

Temo que he tenido un subidón de clorofila, pero me sabe mal, es casi inmoral, dejar pasar estas semanas sin hacer un sincero homenaje a estos magníficos árboles que son los flamboyanes. Yo les debo mucho.